



**07/06/1998 SEMINARIO SOBRE 'LA UNIÓN EUROPEA: DESAFIOS PARA LA PRESIDENCIA AUSTRIACA', ORGANIZADO POR EL FORO WACHAU**

**INTERVENCIÓN DEL PRESIDENTE DEL GOBIERNO, JOSÉ MARÍA AZNAR, EN EL SEMINARIO**

Abadía de Göttweig (Austria), 07-06-98

Muy buenos días. Gracias, en primer lugar, a mi querido amigo Wolfgang; gracias al Gobernador Proell por su invitación, por su hospitalidad, y gracias a todos ustedes por su presencia. Quiero yo también felicitar a los organizadores de esta Jornada, de este Seminario, que reúne hoy a tantas personalidades, entre ellas a mi buen amigo el Primer Ministro de Polonia, Jerzy Buzek.

Hoy estamos reunidos --y yo me alegro mucho-- en el centro geográfico de Europa y estamos reunidos, si ustedes me permiten la expresión, políticos de centro, que somos, en gran medida, los que hemos impulsado, los que hemos construido, el proyecto europeo y los que estamos dispuestos a seguirlo construyendo para el siglo XXI.

Todos sabemos que vivimos en un momento especialmente vertiginoso de nuestra historia pero que, a diferencia de otros momentos, en éste somos plenamente conscientes de la importancia de las decisiones que tenemos que tomar.

Cuentan algunas historias que Luis XVI escribió en su diario íntimo: "14 de julio de 1789: nada". Hoy, afortunadamente, tenemos lo que tantas veces nos ha faltado y es perspectiva de los hechos acaecidos, la dimensión de las decisiones que hemos tomado, el alcance de la tarea que aún tenemos que realizar.

De eso creo yo que se trata aquí o, por lo menos, de eso quiero yo tratar aquí: de pensar juntos sobre cómo continuar la construcción europea, de forma que sea algo que siga en pie para nosotros y para nuestros sucesores. Yo creo que estamos aquí para ver de qué manera el ideal europeo puede seguir avanzando con mayor ambición, con una mayor fuerza y con mayores éxitos.

Austria, Polonia y España son los tres países protagonistas de esta clausura, y los tres venimos de grandes naciones europeas, con una gran conciencia histórica, que reclama como propia la vocación y la condición de europeos. Tenemos en común, además, nuestro protagonismo en las tres últimas etapas de la ampliación y del reforzamiento de la integración europea: primero fue la adhesión de Portugal y de España, precedida de la adopción del Acta Única europea; luego se produjo el ingreso de Austria, de Finlandia y de Suecia, tras la firma del Tratado de Maastricht; ahora trabajamos por la próxima extensión de la Unión Europea al Este y Sudeste de Europa, y en esta etapa Polonia tiene un papel especialmente relevante, no sólo por razones geográficas ni demográficas.

Por distintos azares históricos, no fuimos fundadores de la Comunidad Europea; ahora, en cambio, somos fundadores de la nueva Unión, nacida del fin de la división de Europa, nacida del reencuentro de todos los europeos.

Yo creo que también nos hemos reunido aquí para afirmar nuestro compromiso de que ningún nuevo muro vuelva a separarnos; de que ninguna doctrina ni ideología criminal vuelva a sembrar de muertes y de ruinas este continente; de que ningún nacionalismo agresor amenace la paz y la libertad de Europa. Y también yo tengo la convicción de que nuestra voz debe sonar fuerte en las grandes decisiones de la Unión, para decir en ellas que no solamente somos simples espectadores sino también protagonistas activos. Las dos primeras etapas que he citado fueron un éxito para la Unión Europea, para los Estados miembros y para los nuevos que se incorporaron; la tercera, en la que ahora estamos, tiene una dimensión continental de trascendencia extraordinaria. Estamos hablando, nada más y nada menos, que del reencuentro del proyecto europeo con nuestros hermanos del Centro y del Este de Europa. Y en esta reunificación, en mi opinión, la moneda única tiene una importancia decisiva. Al Euro le acompañan, además, otras reformas, incluidas en la llamada Agenda 2000, que completan el cuadro de la Europa en la que debemos entrar en el siglo XXI.

Lo que nos jugamos ya no es, por lo tanto, el destino de los demás europeos, no es el destino de los países del Centro y del Este de Europa; nos jugamos el destino de todos los europeos. Y es verdad --y la reclamaba, con razón, nuestro amigo Buzek-- que tiene que haber una nueva solidaridad europea, nacida de las ruinas del muro de Berlín, que nos une a todos y que es el hecho fundacional de la Europa del siglo XXI.

Señoras y señores,

No podíamos imaginar a Europa sin Austria y España, que han recuperado su voz y voto en el devenir histórico del continente y han encontrado la plataforma ideal para una profunda relación bilateral. Yo soy de los convencidos de que la obra de construcción europea estaba incompleta sin Austria, sin su decisiva contribución histórica y cultural, sin su amplia visión de la realidad continental, sin el prestigio de su diplomacia y sin su sólido tejido económico y social. Con la integración ha ganado Austria, pero también hemos ganado todos los europeos.

España tiene ante sí, por lo tanto, en la Unión a un país amigo, con el que, además de estrechos vínculos de pasado, nos liga una apuesta común, una sólida convergencia de intereses y una complementariedad económica bien clara. El reencuentro de Austria y de España en Europa es ya una firme realidad. No tenemos ningún contencioso, ningún problema grave. Nuestro comercio crece a tasas hasta ahora desconocidas; florece el intercambio de nuestros comerciantes, de nuestros turistas; incluso la temperatura de Madrid y de Viena, de Austria y de España, se va aproximando; tenemos interés por nuestras culturas, por nuestras historias.

Yo espero que sepamos aprovechar esta oportunidad. Espero que la celebración del V Centenario del Emperador Carlos, en el año 2000, con una importante exposición itinerante en Madrid, en Viena, en Bonn, en Gante, nos sirva también para seguir trabajando en ello.

Austria va a ser el primer país de la última ampliación de la Unión que va a asumir las riendas de la Unión Europea en el próximo semestre. Estoy convencido de que Austria sabrá estar a la altura de su responsabilidad, ejerciendo esa labor de dirección, de arbitraje, de impulso, con sentido de equilibrio y la visión histórica que ha demostrado siempre la nación austriaca. Ayer, tanto al Canciller Klima como al Vicecanciller Schüssell, yo les manifesté el apoyo claro de España y del Gobierno español a los objetivos y a las finalidades de la Presidencia austriaca para el próximo semestre de la Unión Europea.

Como bien también sabe el Primer Ministro Buzek, España siente también una profunda simpatía histórica por Polonia; un sentimiento que se une a nuestra confianza de que la

adhesión de Polonia fortalecerá también a la Unión Europea. Ésa es nuestra apuesta y ésta es nuestra convicción.

Tuve la suerte de visitar, hace no mucho tiempo, hace pocos meses, la nación polaca y estoy convencido de que, bajo la dirección de Buzek, Polonia fortalecerá y enriquecerá con su presencia a la política y a las instituciones comunitarias. Sabe que puede contar con España en el camino de la plena inserción de Polonia en la Unión Europea, como ha contado con España a la hora de la ampliación de la Alianza Atlántica, a la hora de la ampliación de la OTAN.

Para España y para Polonia la ampliación no es un riesgo, es una oportunidad. Y sabemos que Polonia es también un aliado atlántico y va a serlo importante, sólido, leal, en esa relación que une a americanos y europeos y que tan importante es en este momento y en el siglo XXI.

Señoras y señores,

Hay muchas veces en las que se habla de la parálisis europea. Quienes estamos al frente de los Gobiernos o estamos en los Gobiernos europeos muchas veces somos acusados de que Europa está prácticamente paralizada. No sé.

Decía nuestro presentador --muy amable-- que he cumplido dos años al frente del Gobierno; es verdad. Espero que me vuelvan a invitar aquí, a esta Abadía, al menos cuando cumpla el sexto aniversario o el octavo; sería para mí un gran placer volver y sería una señal de que no lo hacemos del todo mal en el Gobierno.

Pero escucho con mucha frecuencia el discurso de la parálisis. Que yo recuerde, en esos dos años, junto con los demás colegas europeos de los demás Estados miembros, se han hecho algunas cosas de alguna importancia; por ejemplo, se ha puesto en marcha nada menos que la moneda única europea, se ha terminado una Conferencia Intergubernamental, se ha aprobado y está en proceso de ratificación el Tratado de Amsterdam, se han tomado las decisiones para ampliar la Alianza Atlántica, se ha puesto en marcha la llamada Agenda 2000, hemos puesto en marcha políticas de empleo. Es posible que estemos paralizados pero, sin duda, se me tendrá a mí que convencer de que esa parálisis es una parálisis efectiva.

Yo creo, sinceramente, que hemos hecho lo que teníamos que hacer y lo que ayer tuve la oportunidad de repasar, tanto con el Canciller como con el Vicecanciller austriaco, y esta mañana con el Primer Ministro de Polonia. Lo que hace falta saber ahora es que, de cara al próximo Consejo Europeo de Cardiff, de cara a la Presidencia austriaca del próximo semestre, tenemos, naturalmente, que seguir avanzando en estas ideas, en esta construcción europea, que está dando pasos absolutamente trascendentales.

Yo quiero decir y reafirmar una vez más el compromiso de España en esa tarea, y lo digo no solamente en representación de un país que manifiesta un compromiso europeo, sino lo digo personalmente, como convencido europeísta, como convencido político y dirigente político que piensa que el futuro de Europa es lo mejor que podemos construir entre nosotros.

Yo quisiera decirles que hoy España es un país dinámico, que apuesta por el futuro, que hace su esfuerzo y que nos permite afrontar con éxito, sin duda, los problemas y los retos de las próximas décadas. En los últimos años hemos afrontado una profunda transformación política marcada por la descentralización y por la libertad. Hemos afrontado nuestra modernización económica y social. Hemos hecho un país más activo en el exterior y más consistente, y lo hemos hecho con el trabajo de nuestros ciudadanos que han sabido aprovechar, sobre todo, el extraordinario impulso que les dio la entrada en la Unión Europea.

España ha cambiado mucho y muy profundamente. Éramos un antiguo país centralista y autoritario, y somos ahora una democracia activa, muy descentralizada, en la cual ya

nuestras Comunidades Autónomas, nuestros "länder", nuestros Gobiernos locales también, gestionan más del 40 por 100 de todos los recursos públicos en nuestro país y cuentan con competencias muy superiores, comparativamente, a las de otros países descentralizados o federales.

Disponemos de una economía abierta, moderna, competitiva, en plena expansión, guiada hoy por una política fundamentada en la liberalización, en la flexibilización, en la reducción del intervencionismo del Estado, en el fomento de la competencia y en un diálogo social que nos permite lograr acuerdos importantes entre patronal y sindicatos en la apuesta por nuestra competitividad. Nuestra economía crece al 4 por 100 en este momento y es una economía, sin duda, activa, dinámica, en todos sus sectores.

Estamos en el grupo de cabeza en la construcción de la moneda única. Pocos pensaban en ello --tengo que decir que yo era uno de los pocos que pensaba en ello--; pero lo importante es que la moneda única se pone en marcha, que se pone en marcha con un grupo importante de países, y que hacemos una de las transformaciones políticas y económicas más importantes y más sustanciales que se va a realizar en Europa desde el Tratado de Roma y pensando en el siglo XXI.

Nuestro país está generando empleo de una manera activa, muy importante. En 1997 fuimos el país de la Unión Europea que generó más empleo: el 55 por 100 del total del empleo generado en la Unión Europea. En dos años y medio habremos creado casi un millón de puestos de trabajo netos en nuestro país. Este año lo cerraremos con más de 900.000 puestos nuevos de trabajo en España.

Nuestro consumo crece al mismo ritmo que nuestro ahorro y, además, hemos asentado nuestra economía en los principios de estabilidad y de disciplina.

Ésos son los caminos de una sólida prosperidad futura y de garantía en materia de empleo y de bienestar. Sabemos que tenemos mucho camino que recorrer en la senda de la convergencia real con los países más desarrollados de Europa.

Desde el punto de vista exterior, nuestro perfil es hoy más nítido y se puede apreciar como más nítido, no sólo en Europa y en las grandes organizaciones internacionales, sino también en áreas claves para Europa, como son Iberoamérica y el Mediterráneo.

Con Iberoamérica nos unen, como españoles, lazos históricos, culturales, etc., etc., políticos, pero también oportunidades de presente y de futuro. Hemos apostado por el futuro de Iberoamérica de una manera decidida. España es el primer país inversor de la Unión Europea en Iberoamérica y es el segundo inversor del mundo en Iberoamérica después de los Estados Unidos. Espero y deseo que durante la Presidencia austriaca podamos también trabajar en la preparación de la Cumbre América Latina- Unión Europea, que se tendrá que celebrar en Río de Janeiro en el primer semestre de 1999.

También, tras la Conferencia de Barcelona, la Unión Europea se ha trazado un camino a seguir en el Mediterráneo. El Partenariado del Mediterráneo es clave para la estabilidad y el desarrollo de una región esencial para el futuro de Europa. Espero también que podamos trabajar el semestre próximo en las conclusiones de la Conferencia de Palermo y en la preparación de nuevas acciones para el año 1999.

Hoy, por lo tanto, España está más presente en Europa y en el mundo y nuestra firme voluntad política de participación nos ha demostrado que la construcción europea no ha diluido ni nuestra identidad, ni nuestra diversidad, ni nuestro papel en el mundo; más bien, ha ocurrido lo contrario. Aislados y solos éramos menos fuertes y menos prósperos; aislados, también solos, éramos menos España.

Yo creo, señoras y señores, que esta lección no solamente es aplicable a mi país; de ahí nuestra convicción y nuestra fe en el modelo de integración que hemos elegido. Yo no quiero alterar los cimientos ni poner en peligro las principales políticas e instrumentos

que han servido para construir la Unión Europea: el Mercado Interior, la Política Agrícola Común, la cohesión económica y social, y el Euro.

Yo creo que hay que reforzar el Mercado Interior. Cuanto acabamos de lanzar lo debemos aprovechar en beneficio de 400 millones de ciudadanos, de consumidores. Hay todavía demasiadas trabas a la libre circulación de mercancías y hay, naturalmente, que impedir normas nacionales que impiden que el Mercado Interior sea una realidad.

La Política Agraria Común debe seguir cumpliendo una función social, una función de ordenación del territorio y de protección del medio ambiente; debe seguir salvaguardando las producciones vitales para miles de familias, que están enraizadas en las tradiciones culturales de muchos de nuestros países. Habrá que reformar la política agraria; pero habrá que hacerlo respetando su función integradora y su sentido de equilibrio, entre otras cosas, para que no haya tampoco desequilibrios entre productos agrarios, sean continentales, sean mediterráneos, sin una concepción equilibrada y armoniosa de lo que es la política agraria.

La política de Fondos Estructurales y de Cohesión debe seguir siendo, como lo ordenan los Tratados, un pilar esencial de la integración. La principal virtud de la integración europea, su rasgo más destacable, ha sido la de articular una liberalización y una competitividad mayores, acompañadas de una inteligente política de solidaridad.

La cohesión europea beneficia a todos: a los menos desarrollados, pero también a los más desarrollados. Y conviene recordar que la política de cohesión surge para impulsar el desarrollo de los países, regiones o sectores más desfavorecidos de la Unión, y para reforzar la propia estabilidad, el crecimiento y el bienestar de los países, regiones y sectores más ricos y más favorecidos.

La moneda y el mercado único necesitan de la cohesión y sólo de este modo podemos explicar las consecuencias que tiene para algunos países o sectores de la Unión Europea competir desde un fuerte diferencial de renta respecto de la media comunitaria. Y los nuevos países que se adhieren a Europa necesitan también de la cohesión.

Por lo tanto, es necesario el mantenimiento y el fortalecimiento del discurso de la solidaridad: no con menos unión, sino con más unión; no solamente para los actuales, sino para los actuales y para los futuros socios de la Unión Europea.

Pues bien, señoras y señores, es hora, realmente, de asegurar juntos el futuro de Europa. Kennedy decía, al hablar de la valentía en la política, que "la verdadera democracia viva se basa en el pueblo, y tiene la convicción de que el pueblo no se contentará con elegir a hombres que representarán sus opiniones con fidelidad y con eficacia, sino que elegirá a hombres para que sepan ejercitar su juicio y su discreción". Y creo con Kennedy que esta valentía política es siempre recompensada.

Necesitamos decisiones técnicamente correctas, que sean avaladas por el sentido común y por el acierto. Es el momento de transformación europea en un marco de cambios globales, en el que no tenemos que olvidar lo que el pasado nos ha enseñado, precisamente para construir mejor sobre él. Y ésta es la valentía que yo reclamo a la causa europea.

A lo largo de mi trayectoria política, que ya va siendo un poco larga, he querido demostrar que un político de convicciones tiene que creer, y cree, que sólo desde el centro y sólo con políticas reformadoras se puede gobernar Europa. Soy también un político de mi tiempo, de mi generación, situado en la encrucijada de la nueva Europa; más aún, creo que el secreto del éxito europeo está en las reformas y, en mi opinión, los países que no estén dispuestos a hacer reformas en un futuro inmediato tendrán que afrontar situaciones de rupturas; en un futuro a medio plazo.

A lo largo de mi vida me han dicho muchas cosas, y me las siguen diciendo --dicho sea de paso--, pero tal vez nunca me han acusado de falta de constancia o de falta de

coherencia. Creo que también esas virtudes son necesarias hoy. Son cualidades que esperan también nuestros conciudadanos, que confían más en políticos que escuchan y cumplen que en políticos que hablan y que incumplen.

Nosotros sabemos, los que estamos aquí, que, por ejemplo, el empleo es hoy la principal preocupación y demanda de nuestros ciudadanos, y debe ser el objetivo fundamental en el próximo Consejo Europeo de Cardiff. No hay recetas mágicas en la lucha contra el desempleo, sino que hay la exigencia de constancia, de perseverancia, para seguir en el saneamiento de finanzas públicas, acometer reformas, modernizar, liberalizar, flexibilizar, impulsar el desarrollo de las empresas y crear empleo. También perseverancia para reforzar las políticas activas de empleo y de formación; también para mantener de una manera intensa el diálogo social.

Yo creo que éstos son empeños también de la próxima Presidencia austriaca, que contarán, sin duda, con el apoyo del Gobierno de España.

Y yo quiero decirles que creo en eso; creo en el diálogo social, que produce buenos resultados, y creo en la sociedad de oportunidades. Una sociedad no es enteramente libre ni enteramente justa si sus ciudadanos no tienen oportunidades. Y las oportunidades hoy consisten en saber demostrar a los ciudadanos que somos capaces de hacer las reformas necesarias para que puedan tener un futuro al alcance mejor del que tienen o del que han tenido hasta ese momento.

Hoy, en mi opinión, ya no tienen sentidos los viejos debates europeos, ya no tienen sentido los grandes debates clásicos entre la derecha y la izquierda, no tienen sentido los debates clásicos sobre lo público y lo privado. Las empresas son buenas o son malas, las políticas generan o no generan empleo, los ciudadanos tienen o no tienen oportunidades. Luego, evidentemente, hay un abanico de valores morales, de principios políticos, que hay que salvaguardar y que hay que mantener.

Pero no afrontemos el futuro de Europa mirando hacia atrás. Las actitudes abiertas, que crean oportunidades, que producen reformas, que liberalizan y, sobre todo, que hacen a las sociedades, a nuestras sociedades, con más capacidad para afrontar el futuro, a mí me parecen, sin duda, las políticas más inteligentes.

Y dentro de esas políticas más inteligentes está también, sin duda, la de la protección del medio ambiente, cuestión en la que es España especialmente sensible, entre otras cosas, porque tenemos uno de los mayores patrimonios naturales de Europa.

Debemos seguir avanzando también en la creación de un espacio de libertad, de justicia y de seguridad en Europa. Hay que desarrollar el respeto a los derechos fundamentales, la incorporación de Schengen en el Tratado y evitar que el asilo o la apertura de fronteras puedan ser aprovechado por gentes indeseables; que lo puedan utilizar bien para actividades criminales, bien para actividades terroristas o bien para ambas cosas. Para España es una preocupación fundamental (...).

Debemos seguir trabajando en el marco de la Política Exterior y de Seguridad Común y, naturalmente, aprovechamos la oportunidad que el Tratado de Amsterdam nos da para favorecer a la Unión Europea Occidental. Si, además de eso, ampliamos la OTAN y conseguimos que la OTAN siga siendo el elemento básico de la defensa y de la seguridad en Europa, yo creo que daremos pasos muy positivos.

A finales del año pasado, cuando recibí la invitación para participar en este Seminario, sabíamos que 1998 iba a ser el año del lanzamiento de la ampliación y también del lanzamiento del Euro. Digamos que, en el plano nacional, el Euro supone para todos los Estados participantes una garantía macroeconómica y de confianza (...) Pero, más allá de esos efectos, el Euro cambiará de forma muy profunda nuestras relaciones en Europa y las responsabilidades de cada uno en nuestros países. Hoy los Gobiernos son

responsables; pero también tienen mayor responsabilidad que afrontar gobiernos locales, gobiernos regionales (...)

La ampliación es la segunda tarea histórica de este final de siglo y sólo si asumimos la responsabilidad política que encierra seremos capaces de afrontar con éxito unas negociaciones, sin duda, densas y complejas; pero en las que no vamos a perder ni el tiempo, ni, como decía antes, la valentía, ni la coherencia.

Apoyamos la ampliación porque hacemos nuestros estos sentimientos y creemos que la causa de la democracia en Europa es nuestra causa. Apoyamos la ampliación para extender y reforzar la Unión Europea, no para diluirla o debilitarla. Sería un contrasentido histórico intentar desmontar las bases comunes de la Unión a la hora de hacer la ampliación. Los países candidatos desean todo lo contrario: unirse precisamente a la Europa fuerte y solidaria que hoy tenemos.

Por otro lado, mal se compadece proclamar la dimensión histórica de la ampliación con negarse, al mismo tiempo, a considerar cualquier posible aumento de recursos para hacer frente a sus costes. Cifremos primero las implicaciones financieras de la ampliación y luego, con responsabilidad, elevemos, si fuere necesario y hasta donde podamos, los recursos presupuestarios de la Unión Europea, porque el coste de la ampliación será siempre muy inferior a sus beneficios políticos y económicos.

Pero el esfuerzo de la ampliación, señoras y señores, debe repartirse equitativamente entre todos los Estados miembros. España está dispuesta, sin la menor duda, a asumir su parte del esfuerzo a las arcas comunitarias para acometer la ampliación; pero no aceptará que la ampliación se financie sólo a costa de los Estados miembros que tienen un nivel de renta media inferior a la media comunitaria y que, naturalmente, necesitan y mantienen en el Tratado el derecho a esa política de cohesión fundamental, esencial, en el presente y en el futuro de Europa.

También la Unión Europea debe ir ampliada de una reforma institucional que asegure su eficacia y su representatividad. Es una oportunidad para esa gran Unión Europea del futuro, cuyas decisiones deben ser, cada vez más, reflejo de la voluntad de los ciudadanos. Quisiera hacer una referencia breve en este punto porque, en una unión de Estados miembros, es a los Estados miembros a los que les corresponde ejercer el liderazgo necesario para la reforma de las instituciones de la Unión Europea.

A veces, se escuchan o se lanzan ideas por los distintos caminos europeos, que tienen muy poco que ver con la realidad futura de Europa. A veces, más que ideas, hay ocurrencias o extravagancias que tienen muy poco sentido de la realidad. Y los líderes europeos, los Gobiernos europeos, tenemos que saber que es a nosotros a los que nos corresponde ejercer el liderazgo de Europa con toda legitimidad, con toda representatividad, la que nos dan nuestros ciudadanos, la que nos da la arquitectura institucional de la Unión Europea, más aún en un momento en el que estamos ratificando el nuevo Tratado, el Tratado de Amsterdam.

Por eso, tal vez en Europa, a veces, hacen falta menos discursos ocurrentes --lo peor no es que sean ocurrentes, es que son malos-- y hace falta mucho sentido común, mucha perseverancia y mucha decisión política en los Gobiernos que formamos en este momento la Unión Europea. Cuando estamos ratificando el Tratado de Amsterdam, no cabe crear elementos de confusión sobre elementos de aspiraciones de futuro institucional que tienen poco sentido y que, además, no tienen nada que ver con la realidad europea de este momento.

Creo que esta Europa del futuro es la que todos tenemos que garantizar y asegurar. Entre los muchos defectos que tengo, probablemente hay uno que siempre me acompaña y que espero que me acompañe mientras Dios me dé vida, y espero que Dios tenga la amabilidad de darme toda la vida lo larga posible. Es que veo las cosas con un

profundo optimismo y yo soy muy optimista sobre el futuro de Europa; muy optimista sobre la capacidad de nuestros países; muy optimista de que sabremos afrontar los retos que tenemos; muy optimista de que lo que hemos puesto en marcha va a ser un éxito, y muy optimista de que el reencuentro histórico entre europeos, el reencuentro histórico con nuestros amigos polacos y de otras grandes naciones europeas, va a constituir para todos una gran oportunidad.

Yo les agradezco a nuestros amigos austriacos, y especialmente a mi querido amigo el Vicecanciller Schüssell, esta invitación, y espero y deseo que en próximos años, en próximas oportunidades, podamos reunirnos aquí para hacer un repaso, no solamente de problemas, no solamente de deseos; sino también de problemas, que no van a faltar; de deseos, que siempre hay que mantener, y de éxitos, que estoy seguro que van a llegar.

Gracias.